

Ensayo 74: La nueva revolución industrial.

Traducción: Alex Hill (www.et3m.net)

En la urgente búsqueda por satisfacer las necesidades de energía de una población de siete u ocho mil millones de seres humanos, deben de utilizarse todas las fuentes de energía disponibles. La fuente más prometedor y ubicua de energía es la del espacio-tiempo mismo. La idea de energía proveniente del espacio-tiempo es bien conocida en relatividad general; la invariante de la teoría es la energía en reposo derivada del elemento lineal infinitesimal de la métrica. En la teoría ECE, este concepto se extiende a la energía electromagnética. Todas las formas de energía pueden transformarse entre sí, y no debiera de sorprendernos que la energía del espacio-tiempo pueda utilizarse en dispositivos electromagnéticos y en la catálisis de reacciones nucleares de baja energía.

Estos dispositivos están actualmente proliferando a lo largo y ancho del mundo industrial. Grandes corporaciones en México los están utilizando en gran escala, y la demanda por los mismos está excediendo la capacidad de su producción. Por otro lado, hay muchos tipos de reactores nucleares de baja energía disponibles hoy día en el mercado (basta con buscar el término "LENR" en Google o cualquier otro buscador). Casi a diario hay informes en Internet de nuevas réplicas de estos procesos, y pronto debieran de comenzar a detectarse dispositivos residenciales con estas características. Debieran de sustituir a las turbinas eólicas en unos pocos años, porque es bien sabido que estas turbinas constituyen un desastre económico y ambiental, el peor en la historia la humanidad. No hay tiempo que perder en el desarrollo de estos nuevos dispositivos, siguiendo el liderazgo de países como México y los Estados Unidos. Existe un Tratado de Libre Comercio entre estos dos países y Canadá. Cuanto antes se adopten estos dispositivos a través del mundo, mejor será para todos, porque se sabe que contaminantes tales como el sulfuro de carbono pueden reducir la capacidad del planeta para producir oxígeno. Es bien sabido que el dióxido de carbono no es un contaminante, ya que se requiere para la vida vegetal, y por lo tanto para la vida animal.

En consecuencia, una renuencia a creer que se ha iniciado la revolución industrial constituye un estado mental extraño y poco saludable. Peor aún son los ataques maliciosos que sufren los científicos que ayudaron a generar esta nueva revolución industrial. La población en general se sentirá muy feliz de asimilar la idea de que podrían contar con toda la energía necesaria para su existencia. Más extraño aún es el derroche de financiamiento en afirmaciones de descubrimientos de la física que no existen, o para demostrar algo que todos saben resulta teóricamente incorrecto. No creo que haya tiempo suficiente para seguir tolerando esta clase de tonterías. Bien podría ser que los niveles de oxígeno en las regiones superficiales de los océanos se vean tan mermadas que no reste suficiente para la existencia de la vida humana y animal. Estos párrafos no buscan asustar a los lectores; se trata de una urgente advertencia, lanzada por científicos responsables que han estudiado, por ejemplo, las regiones muertas del norte del Golfo de México.

Resulta comprensible observar una resistencia a aceptar una vieja clase de revolución industrial, un tipo de revolución industrial contaminante y destructora que se inició en Europa en el siglo XVII. La nueva revolución industrial se basa en dispositivos que no contaminan en absoluto, y que no destruyen el paisaje. Los científicos que trabajan en estos dispositivos debieran ser colocados en posiciones de responsabilidad en el gobierno y la industria, y

debieran de lloverles ofertas de cátedras en el mundo académico. La naturaleza conservadora de la ciencia se basa en la necesidad de obtención de datos reproducibles y repetibles, disponibles ahora en abundancia, y en la necesidad de una teoría matemáticamente correcta que intente explicar dichos datos. La naturaleza matemáticamente correcta de una teoría puede asegurarse hoy día mediante el empleo de álgebra computacional, y una discusión constante entre los científicos que utilizan la red. Aquellos que continúan atacando a los científicos principales debieran de ser considerados como *luditas*¹ y disciplinados severamente; gente que intenta deliberadamente dañar la condición humana por razones que sólo ellos conocen. Esa conducta pareciera a veces constituir una animosidad primitiva.

En algunas ocasiones, un sistema científico puede sufrir una osificación a manos de un pequeño grupo de conservadores, los cuales se alimentan a sí mismos con fondos de financiamiento, en tanto que empobrecen y degradan a todos los demás. La nueva revolución industrial ha llegado a pesar de estas personas. Los científicos más importantes de un país sin duda debieran de ser los que asumen el liderazgo, y no aquellos que inhiben o acechan tras bambalinas. Esto resulta especialmente cierto en el caso de una emergencia nacional. La actual carencia de combustible constituye una emergencia internacional como nunca se ha visto anteriormente. Aquellos que se rehúsan a creer en la existencia de los nuevos dispositivos debieran de ser jubilados o sustituidos. A menudo ya se encuentran en su octava década de vida y están saturados con los viejos dogmas. Es esta clase de dogma la que condujo a la catástrofe de las turbinas eólicas, una catástrofe que ahora resulta evidente a todas luces. Ello fue causado por un pequeño grupo de individuos que controlaban los medios masivos de comunicación, a los cuales saturaron con declaraciones alarmistas. El resultado ha sido que se derrochen trillones en turbinas, mientras que la contaminación de la atmósfera está peor que nunca.

Los nuevos dispositivos de energía ayudarán a detener completamente esta locura, antes de que la raza humana utilice el dogma para extinguirse.

¹ Artesanos textiles ingleses, durante el siglo XIX, partidarios de un personaje semi-histórico, Ned Ludd, quienes protestaron violentamente contra la introducción de maquinaria textil durante la Revolución Industrial, la cual permitía sustituirlos por trabajadores menos capacitados y con menores sueldos, dejándolos sin empleo.